

Prólogo

Ya no recordaba cuándo se registró por primera vez bajo el seudónimo de Lando Calrissian. Debió de ser poco después del Suceso, en algún momento de 2018. En estos cinco años, el mundo se había convertido en un lugar peligroso, lleno de codicia y adoración por la superioridad desmedida.

Él se había divertido lo suyo, no obstante. La *tribu* había dado por el culo a esos empresarios, que no eran otra cosa que unos dictadores camuflados, y Lando lo había presenciado todo desde la primera fila.

El reloj de la pantalla marcaba las 20:23 a la luz del flexo, lo que significaba que todavía faltaban treinta y siete minutos para que Jasper se conectara. Las últimas horas habían sido determinantes de cara al último objetivo estratégico de la *tribu*, y, según lo que se decía en el foro, Jasper guardaba información de gran interés.

Aprovecharía para poner algo de orden hasta que diera la hora. Mientras la plancha se calentaba, alargó el brazo por encima del teclado inalámbrico y se acercó a los labios su jarra de cerveza. Ese movimiento hizo que el gato, que estaba dormido al abrigo de sus michelines, se des Perezara con un indolente bostezo.

El cuadrúpedo saltó de su regazo y corrió hacia el oscuro pasillo. Había oído un ruido en esa zona, más concretamente el del bombín de la puerta principal. Un

chasquido que Lando no percibió por estar sumido en la estridente música que escupían sus auriculares.

El animal, en su camino hacia la puerta, tropezó con una feliz sorpresa: un rastro de granos de pienso lo conducía a lo largo del pasillo hasta un cuenco colmado de sobras de pescado. No era aquel el lugar donde su amo solía depositar el cuenco de comida, y además, él nunca le daba pescado. Un relamido fue todo lo que necesitó para comenzar a devorar la comida.

Hubo otro ruido. Al final del corredor. El gato levantó el hocico con las orejas en punta y sus pupilas se dilataron.

Una figura apareció tras la esquina que el animal estaba observando, y lo hizo tan súbita y discretamente que se podría pensar que había surgido de la nada. La cola del animal se encrespó y sus ojos se entornaron.

En Ámbar no solían verse hombres así. Era esbelto, más bien delgado y en apariencia joven, a juzgar por el brillo de su flequillo y sus andares, eléctricos pero sutiles, que recordaban a los de una serpiente en actitud de ataque. Llevaba un abrigo de color ceniza que casi barría el suelo, unos guantes de cuero marrón y botas acabadas en punta del mismo color. Sus pequeños ojos centelleaban detrás de unas gafas sin montura y de cristal ligero. Tenía una boca muy grande, y tan fina que daba la impresión de que se le iba a quebrar la piel al sonreír.

Cuando desapareció tras la esquina, el gato bajó la mirada y continuó con su particular banquete.

Una vez rebañada la última raspa de pescado, el felino se deslizó hasta el salón. Antes de saltar de nuevo sobre los voluminosos muslos de su amo, dio unos cuantos sorbos de un líquido espumoso que encontró esparcido en el suelo. Sabía amargo. Se acomodó al calor de la carne humana y cerró los ojos entre ronroneos.

Lando se hallaba dormido en su silla de trabajo, frente al monitor y con la cabeza apoyada sobre su hombro izquierdo. Si alguien hubiera observado desde la puerta, sin embargo, habría visto un charco de cerveza en el suelo, junto a una jarra de cristal rota. Y si hubiera forzado el olfato, habría percibido un fuerte olor a carne quemada.

De la pantalla del monitor, pegado con cinta adhesiva por la parte superior, colgaba un papel. Éste mostraba tres líneas dispuestas en distintas orientaciones y levemente separadas entre sí. Habían sido trazadas a mano:



— | /